



Este es el testimonio de Assumpta, sobreviviente del genocidio en Rwanda.

Me llamo Assumpta. Tenía 18 años cuando el genocidio. Perdí a mi madre, a mi padre, a mis hermanos y hermanas y a otros treinta parientes en el genocidio. Fui víctima de violación y de palizas constantes. Cuando la única hermana mía que sobrevivió regresó a su casa después del genocidio, la atacaron otra vez, con un machete, los asesinos de mi familia, porque temían que los denunciara a las autoridades. Estuvo en coma durante meses, y solo después poco a poco fue recuperándose. Ahora no oye, y vive con dolores de cabeza constantes y problemas mentales.

He tratado de suicidarme dos veces, pero no me he muerto. Vivo con la pesadilla constante del genocidio. A veces me imagino que me encuentro con mi madre por la calle. A veces veo personas vestidas con las mismas ropas de mis familiares muertos. Los sigo y les toco en el hombro. Me parece que algún día me voy a llevar la sorpresa de darme la vuelta y verlos. O que finalmente regresan. Nunca pude recuperar los cadáveres, por eso pienso que algún día volverán.

Un hutu que yo conozco me dijo que todos mis familiares estaban muertos. Se estaba riendo. Un día nos tropezamos por la calle y me dijo: “¿Sabes qué? Mandaron dos autobuses grandes a tu pueblo para matar a todo el mundo”. Desde ese día me dejó de interesar la vida. Antes de que murieran mis parientes, siempre estaba asustada. Ahora ya no siento nada.

Un día estaba escondida con una amiga mía en una alcantarilla abierta. Ella salió corriendo a buscar algo que comer y los soldados la agarraron y le dispararon. Cuando vi aquello, grité y salí del escondite y les dije: “Mátenme a mi también, no quiero seguir viviendo”. Quería que los soldados me dispararan, en lugar de morir bajo un machete. Uno de ellos me puso una pistola en la cabeza, pero no me disparó.

En cambio, me violó, me pegó, me quitó toda la ropa y me tiró en la fosa común. Un hombre vino a la fosa, me salvó, me llevó a lo oscuro y me violó. Me dio agua y



comida pero solo para seguir violándome. Me dijo: “No importa. Te vas a morir de todas maneras”.

Logré escaparme cuando el hombre se fue a su rutina diaria de matar gente.

Sobreviví al genocidio, pero a veces quisiera estar muerta. Tengo VIH y me resulta difícil aceptar mi situación.

Antes del genocidio, era una adolescente muy coqueta y bonita. Mi madre y yo solíamos vestirnos bien para vernos lindas. Estaba muy pagada de mí misma. Ahora la gente me dice que soy bonita, pero ya no siento nada. Odio a los hombres.

A veces me pongo a mirar a las mujeres que andan por ahí, contentas y me pregunto por qué no puede ser así. Entonces recuerdo que soy diferente. Eso me pone triste. Echo de menos a mi madre y a mi familia un montón y me preguntó quién los mató. En ocasiones me siento y me pongo a llorar sin motivo alguno. Recuerdo a los que me violaron y mataron a mi familia y a mis amigas. Veo sus rostros en mis pesadillas. Siempre están corriendo detrás de mí y cuando me despierto, es como si todavía estuvieran ahí. La vida nunca volverá a ser lo mismo para mí. Nunca más. Nunca.

Con la lectura de los testimonios de hoy se conmemora el 15 Aniversario del genocidio en Rwanda, en apoyo a sobrevivientes como Assumpta.